

**“Tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos”****(Mc. 9:30-37)**Cap. Miranda,  
Hohenau.

Sal. 54; Jer. 11:18-20; Stg. 3:13-4:10; Mc. 9:30-37

**1. Cristo habla por 2° vez a los apóstoles de su Pasión (Mc. 9:30-32)**

“Jesús tiene algo importante que decirles en la lectura bíblica de hoy: *‘Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día’* (Mc. 9:31). Jesús dijo esto antes que empezara su último viaje a Jerusalén, donde todas las cosas de las que Él habló se hicieron realidad.

Pero los discípulos no entendieron de lo que Jesús estaba hablando. Más tarde ellos descubrieron porqué ellos no habían entendido. La lectura bíblica dice: *‘Cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor’* (Mc. 9:33b-34).

¿Pueden imaginar cómo sonó eso? Jesús estaba hablando sobre su muerte y resurrección. Al mismo tiempo los discípulos estaban disputando sobre quién era el más importante... Los discípulos no entendieron el mensaje de Jesús. Ellos estaban hablando sobre ellos mismos, en vez de oír al Salvador, quien estaba ofreciendo su vida para pagar por sus pecados, y prometiendo resucitar de la muerte para que ellos pudieran vivir para siempre.

Ustedes y yo podemos tener el mismo problema. Jesús nos habla para decirnos que Él murió en nuestro lugar. Él nos dice que porque Él vive, nosotros también viviremos. Pero a menudo no lo oímos, porque estamos hablando de otra cosa... Quiero una nueva bicicleta. Deseo que tengamos una casa más grande y un auto nuevo. ¿Por qué no nos tomamos unas largas vacaciones como todos los demás?

Piensen en otras cosas que los detienen de oír a Jesús hablarles. A veces decimos que estamos muy ocupados. Eso significa que pensamos que las otras cosas que estamos haciendo son más importantes que lo que Jesús ha hecho por nosotros. Aun así cuando estamos con Jesús, como los discípulos estaban, pensamos nuestras propias ideas en vez de oírlo a Él.

Ahora piensen sobre cómo Jesús les habla. Oigan lo que Él tiene para decir. Si oyen primero a su mensaje, estarán aptos de cuidar las demás cosas después.”<sup>1</sup>

**2. Cristo envía a los apóstoles como iguales<sup>2</sup> (Mc. 9:33-37)**

Hay detalles interesantes de la estadía de Jesús en Capernaúm. Parece que esta ciudad era la base de operaciones de Jesús. Cada vez que regresaba de un viaje, llegaba a Capernaúm. Seguramente paraba en la casa de Pedro, a la orilla del mar de Galilea. Y estando en la casa, es cuando se produce el diálogo: *¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor’* (Mc. 9:33b-34).

En primer lugar, notamos como Jesús espera para estar en la casa para hablar con sus discípulos. Es paciente con ellos, espera que sea el momento adecuado para hablar. Cuida la privacidad de los apóstoles, no quiere descubrir su ignorancia delante de todos. Y además, no deja pasar un asunto importante sin tratarlo con la debida seriedad, pero también con la cordialidad y la amabilidad que es característica de Jesús. Jesús no pregunta con la cara larga, como haciendo el enojado, sino que desea entablar el diálogo para que ellos no tengan una idea equivocada de lo que implica ser un discípulo suyo.

<sup>1</sup> Weisheit, Eldon. *The Gospel for Kids* (tra. Por Silvana Costa de Fares). 50 - 18° Dom. pos Pentecostés, ciclo B.

<sup>2</sup> Este capítulo está tomado del *Libro de Concordia: Tratado sobre el poder y la primacía del papa*, § 7-17.

El silencio de los apóstoles da a entender que se sentían avergonzados, porque habían disputado en el camino sobre quién merecía o tenía el derecho de ser el sucesor de Cristo. *Ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor* (Mc. 9:34) El silencio de todos los apóstoles, también significa que, en el fondo, ninguno de ellos merece ser el sucesor de Cristo. Cristo es único. Ningún pastor de la iglesia, u obispo, merece ser llamado de “Santo Padre”, o de “Vicario de Cristo sobre la tierra”, y arrogarse la autoridad sobre los demás. Nadie puede ser un representante perfecto del Señor. En esto el evangelio descubre nuestras propias fallas. A veces suponemos que somos el candidato ideal para tal cargo en la iglesia, que lo merecemos por derecho divino. Ninguno de nosotros merece nada en el reino de Dios. Somos incluidos en el Reino de Dios por sola gracia, sin obras, mediante la fe. Mediante nuestro propio poder no podemos convertirnos en discípulos de Jesús, y menos en pastores u obispos. Es él quien llama a los discípulos, quien nos declara justos y santos en su presencia, *por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo* (Tito 3:5), es decir, el santo Bautismo. Es él quien viene a nuestro encuentro en el camino de la vida, y nos predica el evangelio del Mesías crucificado y resucitado. Este evangelio es locura para la gente, pero para Dios, es poder para salvación de todo aquel que cree. Porque en el evangelio se nos da a conocer cómo Dios nos hace justos sin merecerlo, por sola gracia, mediante la fe, a fin de que Dios sea el justo, y el que también convierte en justos al que es de la fe de Jesús.

Ante el silencio de los apóstoles, entonces Jesús *se sentó y llamó a los doce* (Mc. 9:35a). Miren la escena: Jesús se sentó y los llamó a los doce. Sentarse es la postura típica que indicaba que Jesús iba a enseñar a los discípulos alguna cosa. Por ejemplo, en el sermón del monte, Mateo 5-7, dice que Jesús, *“sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo la boca les enseñaba”* (Mt. 5:1b-2). Como un padre de familia alrededor del fogón reúne a sus hijos para contarles una historia, y para leerles la Biblia, así también Jesús se sienta, les llama y les habla. Pero las distracciones del tiempo presente no permiten a veces que suceda así en nuestra vida o en nuestra familia. El padre llama, pero los hijos están en el celular o en la computadora. Hijos rebeldes a sus padres, que no hacen caso, que no valoran a sus padres ni a la enseñanza de Dios que sale de sus bocas. Jesús ve el peligro que acecha a esta familia de discípulos, y por eso los reúne, para que no queden separados en posturas egoístas, que no queden endurecidos en su soberbia, en sus propios pensamientos. Jesús desea que haya en la familia un solo sentir y un solo actuar. Por eso es necesario hablar, y que el jefe de familia asuma el liderazgo espiritual en el hogar.

Jesús *“les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos”* (Mc. 9:35b). Jesús invierte nuestra comprensión de lo que es el servicio en el reino de los Cielos. El discípulo no está para ser servido, sino para servir; no para ser alabado, sino para alabar a Dios por su salvación; sirve a Cristo, no para tener un nombre entre los hombre, sino porque por misericordia ya fue inscrito en el Libro de la Vida. Es esta visión de la vida conforme al modelo de Jesús, que se le llama “teología de la cruz”. A la visión de la vida egoísta y mundana, se le llama “teología de la gloria”. El viejo a Adán en nosotros está impregnado de esta teología de la gloria: todos miran hacia arriba, nadie quiere mirar hacia abajo, hacia el sufrimiento humano. El mal trato a los refugiados sirios por parte de la Unión Europea es un ejemplo de ello. Así también el cuidado de los pobres y marginados de nuestra sociedad, de los enfermos, de los discapacitados. Muchos se sacan una foto con estas personas porque están en campaña política, pero no lo hacen de corazón. En cambio, la teología de la cruz enseña que Jesús no vino solamente para estar con nosotros e identificarse con nosotros en nuestro sufrimiento, en nuestras cruces; él también cargó con nuestras cruces y dolores en su propio cuerpo. Él tomó sobre su cuerpo nuestros pecados, y los llevó hasta la cruz del Calvario, y allí condenó al pecado y lo quitó

para siempre. Ponerse en el zapato del otro verdaderamente, implica fe genuina en el Salvador, y amor misericordioso que mueve a la acción, y no a esconderse frente al sufrimiento humano. El servicio cristiano, o las obras de misericordia al prójimo, no lo hace la iglesia como una especie de propaganda religiosa, sino movida en la fe, la esperanza y el amor de Dios. Una iglesia peregrina y samaritana, que carga la cruz y la acepta gozosa en la esperanza de la resurrección y la vida eterna, es lo que Jesús plantea a los discípulos. Una iglesia donde todos somos tratados como iguales, como hermanos en la fe, sin distinción de raza, nivel social o nacionalidad. Una iglesia que en este sentido es para todos, universal, o católica, y cuya cabeza es solamente Cristo y su Palabra.

### **3. Cristo enseña el valor de la humildad mediante un niño (Mc. 9:36-37)**

Finalmente, Cristo enseña la humildad del cristiano en su peregrinaje por este mundo, poniendo a un niño en medio de ellos: *“Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos”* (Mc. 9:36). En varias ocasiones Jesús emplea el ejemplo del niño como sinónimo de humildad y de dependencia completa frente a Dios, nuestro Padre. *“De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”* (Mt. 18:3). *“Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación”* (1Pe. 2:2). *“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños”* (Mt. 11:25). *“Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos”* (Mt. 19:14). Ser como niños es lo contrario a la autosuficiencia, a la soberbia espiritual, y a la salvación por las propias obras. El niño es alguien que necesita aprender, que alguien le guíe y le proteja, que le enseñe un camino a seguir, y que le sirva de modelo en la vida.

*“Y tomándole en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió”* (Mc. 9:37). Jesús toma en sus brazos a un niño de no más de 3 o 4 años, y lo pone delante de ellos, presentando a este niño pequeño como siendo superior a los apóstoles. De esta manera, Cristo les aconseja “a los que quieren ser los primeros, que reciban en honor suyo a los pobres de Cristo, o que sean niños en la malicia, a fin de que conserven la sencillez sin arrogancia, la caridad sin envidia, y la devoción sin ira. El abrazar al niño significa que los humildes son dignos de su abrazo y su amor. Y añade en mi nombre”<sup>3</sup>, para enseñarles que Él, su maestro Jesús, es honrado especialmente en los niños, y en el cuidado amoroso a quienes son más débiles.

---

<sup>3</sup> Beda, in Marcum, 3, 39. Citdo de *Biblia Clerus*, Catena Aurea ES: Mc. 9:30-37.